RESEÑAS

ARQUÍLOCO. *Fragmentos*, 2011, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León-Textofilia Ediciones, colección Ión núm. 5, introducción, traducción y notas de José Molina Ayala, edición bilingüe, 146 pp.

RECEPCIÓN: 11 de octubre de 2011.

ACEPTACIÓN: 12 de enero de 2012.

216

El nacimiento de un libro es, casi siempre, motivo de celebración; hoy podemos alegrarnos por la aparición, por vez primera en nuestra lengua, de los fragmentos completos de Arquíloco. No es poca cosa. Este poeta griego arcaico es, en cierto sentido, el primero en importancia de los poetas líricos; otros escribieron —muy pocos—, antes que él: Calino, Tirteo o Mimnermo, quienes cultivaron en el siglo VII a. de C. la poesía lírica elegíaca; sin duda existen otros quizá más famosos, como la primera poeta de la Antigüedad, Safo; sin duda, no fue el príncipe de la lírica griega, como se considera a Píndaro. No obstante, se considera a Arquíloco el creador de la poesía yámbica.

Es importante, antes de entrar en su poesía y en la versión que José Molina nos ofrece de ella, hacer algunas consideraciones mínimas para entender el contexto del cual estamos hablando. El siglo VII a. de C., es la aurora de la Grecia como la comprendemos en nuestros días, como la cuna de Occidente. ¿Cómo empezó todo? Comienza en el siglo VIII a. de C., cuando en las ciudades griegas los rapsodas cuentan, cantan, las historias del pasado lejano, cuatro siglos anterior a ellos, las grandes historias de la guerra entre griegos y troyanos, por una mujer, la bella Helena —o por el dominio de la entrada al mar de Mármara y, con ello, el imperio de las ciudades del mar Negro; o el viaje agotador, lleno de aventuras, del inteligente Odiseo. Una voz canta ante todas, el primer y gran poeta, sol de Grecia: Homero. Claro que desde el siglo XIX sabemos que no sabemos si Homero realmente existió, o si fueron muchos quienes compusieron los cantos, o si quizá fue Homero uno de ellos, magistral, que diera forma básica a los poemas. Digamos que los poemas

épicos griegos pueden llenar libros y libros de comentarios, investigaciones y análisis del más variado tipo; quiero destacar lo siguiente: supongamos que Homero existió, un viejo ciego bendecido por las Musas con el don de la palabra poética; lo que él nos narra, lo hace gracias a la diosa o Musa, como lo establecen tanto el primer verso de la *Iliada*, “La cólera canta, oh diosa, del péliba Aquiles”, como el primero de la *Odisea*: “Cuéntame, oh Musa, del hombre poliforme”; es decir: mediante una supeditación al poder creador de la palabra divina, el poeta se convierte en un cáñamo vacío por el cual sopla la autoridad de la voz de la diosa. Homero habla en tercera persona y relata las batallas y las aventuras de otros en un verso específico, el hexámetro, conveniente para narrar las obras grandiosas y terribles.

De la misma manera, el poeta beocio Hesíodo cantará sus poemas, también en hexámetros y también gracias a la intercesión de la diosa, como lo muestran los primeros versos de la *Teogonía* y de *Los trabajos y los días*: “Comencemos el cantar de las Musas del Helicón”; y “Musas de Pieria, que con los cantos otorgáis fama, / ¡vamos!, contad de Zeus”.

En el siglo VII a. de C. cambia la voz. Se puede decir que en la lírica griega arcaica existe todavía una especie de “encomendamiento” a la divinidad, en el sentido de ponerse bajo la tutela del dios, bajo la protección de lo sagrado: el hombre sabe, quizá por vez primera, que es él mismo quien habrá de cargar con el peso de la palabra, y la invocación no es sólo para dejarse “habitar” por el espíritu de la divinidad. Lo relevante, ahora, es que con los poetas líricos nace una forma primera de subjetividad, la cual, sin estar todavía separada de la autoridad de los dioses, brota ya con un tono nuevo, diferente, con un matiz en el cual el *yo* principia por manifestarse como reflejo de la sabiduría y el poder de la divinidad, y que se transmite como una serie de ideas que están latentes en una cultura capaz ya de entenderlas y hacerlas suyas:

Corazón, corazón, por dolores intratables turbado,
sostente, y de enemigos defiéndete
arrojando un pecho contrario,
colocado firmemente
cerca de las emboscadas de enemigos.
Y no te enorgullezcas en público si vences,
ni vencido, en casa derrumbándote, te lamentos,
sino alégrate por lo que haya que alegrarse,
y no te duelas demasiado por los males,
sino conoce cuál ritmo tiene a los hombres.

RESEÑAS

Este fragmento, el 128, puede funcionar como ejemplo de lo anterior, pues no implica un rompimiento absoluto con la épica, sino un movimiento dialéctico que enriquece la actividad creativa, presentando dicha acción desde otro enfoque, con mecanismos diferentes y para un auditorio con el cual se comparte la proyección del *yo* como ἦθος común. En definitiva, es la primera vez en la historia que aparece la idea del *yo* —aunque tampoco sea un *yo* como lo entendemos actualmente, sino que es un *yo* integrado a su comunidad, un *yo* que surge de una poesía pensada para un auditorio, en una sociedad en la cual la poesía se canta y escucha, no se escribe y se lee. Por vez primera el poeta puede decir que las Musas lo impelen a cantar, o que está enamorado o herido, o expresar una opinión política porque busca una reacción en su audiencia. El naciente poeta lírico toma lo necesario de la tradición épica, busca transformarlo desde su contexto y de una reflexión personal y lo integra a su comunidad: “Todo dan al hombre, Pericles, suerte y destino” (fr. 16); esta serie de ideas y valores nuevos se transmite de manera oral, mediante una representación que consiste en transformar el “texto” en mensaje, no sólo como comunicación a nivel lingüístico, sino como transmisión de emociones, pensamientos y visiones del mundo; el auditorio, a su vez, está suficientemente preparado para comprender la pluralidad de códigos que incluyen las diferentes esferas: la atención requerida, los distintos niveles de interpretación, los nuevos formatos de comunicación y los referentes culturales, políticos y estéticos, pues “No es simple, en modo alguno, la naturaleza del hombre” (fr. 25, 1).

218

No es con la filosofía, evidentemente, con la que se adquiere la primera conciencia del *yo*, es decir, la autoconciencia, sino ciertamente con y por medio de la poesía como palabra creadora; no se desprecia el pasado: se suma a la realidad presente para producir una ignorada presencia luminosa. No sólo se repiten los cantos antiguos, sino que se producen nuevos hallazgos morfológicos, formas desconocidas de establecer la concatenación y el ritmo de la suma de palabras hechas ideas, y plasmadas de forma original, que produce una musicalidad distinta a la que se genera en el ánimo del oyente con los hexámetros épicos; los poetas líricos necesitaron inventar nuevas métricas para que lo que querían expresar cobrara un sentido nuevo, diferente. Como hemos dicho ya, Arquíloco es el primero en inventar el yambo, pero también el tetrametro trocaico y el trímetro dactílico cataléctico: ritmos mucho más ágiles, menos solemnes, más directos.

Lamentabilísimamente, 2700 años pasan como un viento fresco en una tarde de otoño. Casi toda la poesía lírica griega nos ha llegado de manera fragmentaria: unos versos consignados aquí por un escoliasta, otros más por allá en los textos de algún comentarista: hermosos reflejos. Dice Rubén Bonifaz Nuño: “Y con todo eso, los fragmentos componen una fuente deslumbrante de placer y de conocimiento, de conciencia, de dignidad, de estímulos del orgullo humano; sus temas fundamentales: la ciudad, el combate, el amor, la embriaguez del vino y el canto, acaso sean poderosos a explicar el terrible viento de juventud que la recorre y la anima. El poeta, como hombre, se cumple básicamente por ser parte de la ciudad; sitio y raíz de solidaridad, la ciudad es ámbito de amor sensual y de la fraternal comunicación [...] Dentro de la ciudad [...] el poeta pretende las alegrías del amor; disfruta del vino y la poesía como bienes comunitarios”.

En este sentido, vale la pena recuperar una afirmación de José Molina, casi al comenzar el libro, porque se refiere al juicio de la Antigüedad misma: “Un dato incontrovertible de Arquíloco es su excelencia poética; los pocos versos que nos han llegado, aunque muy pocas veces se tratan de un poema largo, y cuyo contexto se desconoce casi siempre, permiten vislumbrar a un poeta óptimo. Entre los líricos arcaicos griegos Arquíloco es el más citado, y casi siempre positivamente y con deferencia. Desde la antigüedad distinguidos autores, que sin duda tuvieron material escrito más amplio para juzgar la obra, lo consideraron un gran poeta. Los griegos Heródoto, Píndaro, Platón, Aristóteles [...], y los latinos Cicerón y Horacio”. (p. 12)

Molina Ayala, en la introducción del libro, presenta para nosotros, de manera muy cercana, un mundo distante en el tiempo y en el espacio; nos encontramos en las bellísimas islas del Mar Egeo, las Cícladas; una fue la cuna del poeta: Paros, rica en fama por la calidad de su mármol, del cual se hicieron las mejores esculturas antiguas, se sitúa al norte de Delos y al este de Naxos. En ese lugar, en el que la luz tiene una reverberación y limpidez exquisita, nace *el que manda sobre una tropa*, es decir, Arquíloco. Una de las más llamativas particularidades de Arquíloco reside en que no fue sólo poeta, sino que fundió en su persona dos oficios –dos formas de ser– que podríamos pensar antitéticas, opuestas: fue un guerrero, un bravo soldado y, orgulloso como fue, se preciaba de ello. No es lo más común encontrar conjugadas en una persona estas dos formas de habitar el mundo; han existido otros, claro, como el sin par Miguel de Cervantes, soldado, novelista y poeta extraordinario, pero Arquíloco fue el primero. Comenta Molina: “sus trabajos bélicos

RESEÑAS

eran igualmente o más queridos que sus proezas líricas; así, mientras en un relieve del *Archilochion* aparece con lira y escudo, en una lastra de Tasos se le representa con armas, escudo y yelmo, pero sin lira: los colonos prefirieron recordar a Arquíloco como héroe fundador”. (p. 11) De hecho, fue de esta manera como finalmente, en una batalla contra los naxios, el poeta encontró la muerte; su asesino, “un tal Calondes, apodado *Corax* (Cuervo), fue arrojado del templo de Apolo por la pitonisa, por haber matado a un hombre sagrado, servidor de las Musas”. (p. 12) Guerra y arte, síntesis ética: “Soy servidor de Enialo [Ares] soberano / y de las musas, pues conozco su don amable” (fr. 1).

El estudio introductorio nos presenta un panorama, esto es, una mirada completa, de la vida, obra y tiempo del poeta; con rigor filológico, es decir, a partir de y ciñéndose sólo a lo que el poeta escribió o sobre lo que los antiguos escribieron sobre él, José Molina describe, primero, lo que denomina “los datos duros”: el lugar y tiempo en la historia, y la poética y la poesía de Arquíloco; en segundo lugar —el más amplio del estudio—, aborda “el terreno de la conjetura”, pues, como él mismo nos indica amablemente, la historicidad de algunos fragmentos “queda supeditada a la interpretación que pueda hacerse de la ‘verdad’ poética” (p. 16); en esta sección nos presenta, a partir de sus propios versos, la doble personalidad del lírico: el poeta y el guerrero; sin restar importancia a esta dimensión ni a la guerra misma, señala que ésta no siempre debe ser, en todo momento, un asunto demasiado solemne, como el mismo poeta nos hace saber en algunos fragmentos; al mismo tiempo, valora el valor y no se deja seducir por la pura imagen, como es claro en el fr. 114:

No me gusta el estratega grande ni el que marcha con paso alargado,
ni el orgulloso por sus rizos ni el rasurado finamente;
para mí, más bien, que él sea pequeño y, a la vista,
patizambo, firmemente plantado con sus pies, y lleno de corazón.

Más adelante, relata una doble aventura, que consiste, por un lado, en la vida guerrera del poeta, en Paros y en Tasos, en donde lleva a cabo su labor como soldado y de la cual, finalmente, el poeta retrata una situación general “sin que por ello sea la experiencia propia del poeta”: no necesariamente, pues, el yo poético corresponde de manera idéntica con el yo histórico; y, sin embargo, sus poemas pueden ser leídos más como documentos propiamente dichos que como poemas. Por otro lado, nos introduce a la dimensión erótica,

no suave y florida, sino canija y decepcionante; lleva nombre de mujer: Neóbula; su padre no permite el matrimonio, aunque ella corresponde a su amor, lo cual produce una grave amargura en el poeta, quien expresa cómo sufre por el deseo. Este *affaire* tiene una pésima conclusión; por ello, el poeta, herido, lanza sus dardos envenenados contra la mujer y la fustiga sin piedad —es una mujer pública, que se alquila, prostituta: afirma que hubiera sido un mal casarse con ella; la acusa de conductas lascivas y engañosas; que es gorda y que no consigue excitar a nadie—, a tal grado que consigue que, tanto ella como su padre, sometidos al más terrible escarnio público, decidan ahorcarse, como queda de manifiesto en el breve, pero terrible fragmento 45: “Agachándose insolencia acumulada escupieron”, en donde “agacharse” debe entenderse como “ahorcarse” —la interpretación literal, también posible, aludiría a la humillación que, para ambos, significaría realizar una *fellatio* al poeta.

Vida cívica, pues, y el ardoroso y egoísta impulso del amor son temas que atraviesan la poesía de Arquíloco; se traslapan, se confunden, se complementan y nos muestran, límpidamente, la figura del gran lírico: un poeta guerrero, que es capaz tanto de lograr grandes hazañas militares como de arrojar su escudo en un momento dado y echar a correr; tanto de ser el consentido y señalado por las musas, como utilizar este mismo don para maltratar a la mujer deseada de la manera más dura e injusta. Por supuesto, como buen griego habitante de su ciudad, la política está presente, ya que posee la hermosa herramienta para censurar a los malos políticos y a los lambiscones del poder, e inclusive, según nos cuenta José Molina, para innovar en el terreno propiamente poético, con la introducción del ditirambo, que a sus conciudadanos resultó demasiado agresivo y poco decente, por lo cual lo llevaron a juicio y lo proscribieron. Según la inscripción de Mnesiepes, que consigna nuestro estudioso, Dionisio castigó al pueblo haciendo que los varones padecieran de impotencia sexual, hasta que el poeta fue rehabilitado. Esto último tiene grandes implicaciones, pues “Arquíloco, introduciendo esta poesía, aunque causó escándalo por su extrañeza, por su novedad o por su carácter sexual, habría colaborado en introducir el culto a Dioniso en Paros” (p. 30). Así, se comprende mejor el fragmento 120: “Como sé dar inicio al canto hermoso de Dioniso soberano, / al ditirambo, si como por el rayo queda herido mi pensamiento por el vino”. En este fragmento, anota el traductor, “tal como Semele gestó a Dioniso, Arquíloco, herido por el rayo del vino, genera el ditirambo” (nota 61). La introducción concluye con un lamentablemente breve comentario sobre la autoconciencia poética de Arquíloco: la valoración

RESEÑAS

de sí mismo como poeta y la forma en que se debe utilizar el ditirambo, inspirado por el vino, hacia el éxtasis dionisiaco.

Unas breves palabras sobre la versión: es rematadamente difícil traducir fragmentos; basta imaginarlo: por decir, tómese un poema, digamos, de Blake o de Eliot, o mejor (¿peor?), de Pound, y de manera aleatoria suprimanse algunos versos y partes de versos, de manera tal que quede el rastro del poema, pero no el poema mismo. Ahora, es necesario traducirlo; luego, interpretarlo. Ahora imagínese que no es del inglés al castellano, sino de un griego que tiene 27 siglos y que ni siquiera es griego clásico, como el de Platón o Isócrates, sino dialecto, de tal forma que va a pareciendo un paisaje mucho más abrupto de lo que imaginamos. Aquí radica el mérito: sopesando palabra tras palabra, atendiendo al tipo de métrica, buscando la palabra que otorgue el sentido exacto, o en ocasiones tan sólo el más cercano al castellano, la labor filológica de José Molina nos permite asomarnos, como tras de una celosía, a la maravilla que debió haber sido la obra entera del lírico. El traductor se hizo Arquíloco por unos meses, pero sus armas no fueron la pica, ni arcos, ni hondas, sino la disciplina y la dedicación, y su escudo la esperanza de conseguir transmitir lo que leyó: estos fragmentos que ahora nos regala, piezas separadas de un rompecabezas, recuperan los ojos, el sentimiento entero y la mente de un hombre que se hizo a sí mismo (hay que recordar que fue hijo natural) en todos sentidos, que consiguió ser respetado, y que, día tras día y afán tras afán se convirtió, precisamente como titula José Molina a su ensayo introductorio, *poesía que se hace vida*.

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA
Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México